

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Cristian Rama. Facultad de Filosofía y Letras (UBA); CONICET/UNDAV. Profesor de Historia; Becario (CONICET/UNDAV); Estudiante de doctorado (FFyL-UBA)
cristianrama@gmail.com

Eje 13. Procesos de exterminio masivo, derechos humanos y memoria.

La reaparición de los grupos de tareas: encuentros en el marco del proceso de aparición entre los sobrevivientes de los campos de concentración de la última dictadura militar con sus represores.

Palabras clave: sobrevivientes-represores-aparición-control-poder

Introducción

Los centros clandestinos de detención (CCD), masificados en la última dictadura, persiguieron distintos objetivos. Funcionaron durante los primeros tres años como el dispositivo central para el accionar contra las agrupaciones o sujetos considerados enemigos políticos e ideológicos. El método secuestro/tortura/exterminio se convirtió así en uno de los nodos de la represión. Las personas que fueron conducidas a estos sitios, en general militantes políticos, vivieron un proceso de desestructuración o desubjetivación con la aplicación de un nivel de violencia único que abarcó todo el proceso de cautiverio para destruirlos en su identidad. Lo experimentado allí marcó a los detenidos-desaparecidos, fue un quiebre.

La desaparición/eliminación fue la regla, pero también formó parte del nudo constitutivo del poder genocida la desaparición/aparición (Lampasona, 2013b). Aunque de carácter menor, los campos de concentración produjeron sobrevivientes también en forma sistemática.

Estos, luego de salir de los CCD, se encontraron ante problemáticas muy complejas dado el nivel de represión impulsado por la dictadura, debieron afrontar los efectos que el terrorismo

de Estado generó en ellos y que llevaban en sus cuerpos, pero también que experimentaban los distintos sectores sociales con los que se vincularon¹.

En este marco, que denomino *proceso de aparición*, tema que trabajo actualmente en una tesis doctoral, que involucra una amplia serie de problemáticas sociales que debieron afrontar luego de la salida, pasaron por momentos de suma tensión cuando en pleno rearmado de sus vidas volvieron a encontrarse con alguno/s de sus propios victimarios. Es decir, mientras reconstruían sus vínculos con los distintos sectores sociales, cercanos y lejanos, cuando se reintegraban al mercado laboral o volvían a estudiar en algunos casos, o quizás pasado algunos años, pero no por eso sin que esté presente la experiencia concentracionaria aún en sus vidas, algunos sobrevivientes tuvieron un reencuentro con sus torturadores. Esto traerá reacciones y tendrá repercusión en el proceso mencionado.

Las historias con las que trabajaré serán las de personas que afrontaron el *proceso de aparición* en el país. Estos vivieron problemáticas distintas en comparación a otros sobrevivientes, por ejemplo a los que se exiliaron. Si bien llevan en el cuerpo las mismas marcas, quienes se quedaron en el país debieron rearmar sus vidas bajo la misma dictadura que los secuestró, algunos viviendo experiencias particulares como las de la reaparición de grupos de tareas.

Con la excepción de los casos en los que los encuentros fueron casuales, lo que por una cuestión de espacio no se abordará en este trabajo, detrás de las reapariciones los grupos de tareas parecerían existir ciertos objetivos: el control y la exhibición de la fuerza e inteligencia del aparato represor con el fin de continuar amenazando e inhibiendo aspectos del desarrollo de la vida de los sobrevivientes. Estas acciones estarían destinadas a remarcar límites y a resaltar la dominación. La continuidad del terror debía abonar el aislamiento de las víctimas, su atomización e inhibición política. En este sentido, la idea del presente trabajo es analizar estas tramas de poder con

¹ Para un análisis de los efectos del terrorismo de Estado en sectores de la sociedad ver: Águila, Gabriela. *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*. Buenos Aires, Prometeo, 2008; Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Ed. Colihue, 1.ª ed. 6.ª reimp., 2008 [1998]; “Formas y sentidos de lo represivo”, en CELS. *Hacer Justicia, nuevos debates sobre el juzgamiento de crímenes de lesa humanidad en Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; Feierstein, Daniel. *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007; Izaguirre, Inés. *Los desaparecidos: Recuperación de una Identidad expropiada*. Buenos Aires, CEAL, 1994.

pretensión de continuidad en relación a la experiencia concentracionaria y también las posibles formas de resistencia.

Por otro lado, es necesario pensar el contexto en el que se dan, no fue lo mismo el encuentro con represores para una persona liberada en el '77 que otra en el '84, distintos momentos en cuanto al nivel de influencia de las fuerzas armadas en el país. No obstante, será clave a su vez pensar la situación personal del sobreviviente, cómo estaba en relación al proceso de elaboración en el momento de las reapariciones y en relación a esto, cuán roto estaban los lazos con su identidad previa al secuestro, el tipo de re-vinculación, si tuvo características positivas o no, entre otras cuestiones.

Para llevar adelante esta tarea, cuento con un corpus de entrevistas y testimonios de sobrevivientes brindados en distintas épocas ante diversas instituciones y otras realizadas por cuenta propia.

La reaparición de los grupos de tareas

El concepto *proceso de aparición* involucra toda una serie de problemáticas que debieron enfrentar los sobrevivientes de los campos de concentración de la última dictadura militar una vez afuera de ellos. Las mismas están intrínsecamente ligadas a la situación del cautiverio, donde a través de la violencia, el aparato represor generó en ellos una huella de larga duración que atentará directamente sobre la subjetividad, por eso también puede pensarse este proceso como el de su reconstrucción no lineal.

Desde la forma en la que fueron “liberados”, pasando por las problemáticas de re-vinculación con los sectores sociales cercanos y lejanos (también con efectos provocados por el terrorismo estatal), la búsqueda de un empleo y/o el volver a estudiar, la resignificación de la política luego de la derrota o el repliegue a lo privado, hasta cuestiones de elaboración ligadas al trauma individual y colectivo, son parte de este complejo proceso.

El concepto surge de las dificultades para poder nombrar lo que han padecido. Dejaron de ser desaparecidos, por lo tanto la aparición comienza a negar la situación previa. Ya no se los puede llamar así. Por otro lado, las problemáticas que experimentaron no fueron las de una persona que ha sufrido otros tipos de encierro, como puede ser las de aquellos y aquellas que estuvieron en situación de cárcel “legal”, con lo que conceptos como el de resocialización no resultan adecuados. Llevaron y llevan consigo marcas de una violencia única, que estarán presentes en mayor o menor medida en la sobrevivencia.

Entonces, dentro de este marco, la reaparición de grupos de tareas, en el caso de quienes la sufrieron, debió actuar directamente en el proceso de reconstrucción de la subjetividad dañada en el campo de concentración.

Hay una `pretensión de continuidad con la forma de dominación previa a la liberación y con el objetivo de destruir la identidad política. En este sentido, es observable cómo miembros del aparato represor buscaban continuar con el aislamiento del ex detenido-desaparecido a través de distintas prácticas de terror. Atomizados, sería menos probable que retomaran algún tipo de participación en alguna organización o que denuncien sus experiencias.

Días antes de que Susana Reyes, cautiva en el CCD El Vesubio durante 70 días, saliera con vida, su mamá había publicado junto a otras familias una solicitada en conjunto en la que alertaban sobre la situación de desaparición de sus familiares. Luego de haber aparecido, a las pocas horas, el Ministerio del Interior sacó un comunicado diciendo que lo de Reyes no era cierto, ya que se encontraba en su domicilio. El hecho muestra la intención de deslegitimar esta solicitada y otras que se estaban dando. Pero no sólo eso, parece representar otro objetivo: ponía ante los ojos de la sobreviviente el grado de control y de organización que tenía el Estado, algo que la impactó y que todavía hoy llama su atención: “Mirá el control que tenían de todo”². Para alguien que recién salía de un centro clandestino, esta información era sumamente impactante y tuvo consecuencias en la manera de afrontar el proceso post cautiverio.

Susana luego de su salida, sentía mucho miedo, sobre todo a que actuaran contra su hijo (recién nacido). Se encontraba en una especie de intranquilidad constante. Aproximadamente a los seis meses post-Vesubio, luego de volver de un corto período en Córdoba, vendió una casa que tenía en Haedo y compró un departamento cerca del domicilio de su madre, ya que viviendo con ella, el bebé, la abuela y el hermano en un espacio de solo dos ambientes sentía incomodidad. En la siguiente anécdota aparece la reacción del aparato represor: “El día que me mudé van los milicos a casa de mi vieja. Tres, creo. Mi vieja se pone loca. ‘No, no, no, era para que le avise a Susana que se quede tranquila que ya tenemos su nueva dirección’ (dijeron ellos). O sea, me mantenían re perseguida”³. De esta manera, con el comunicado y este hecho, Susana sentía la presencia de los grupos de tareas de El Vesubio aún consigo.

² Memoria Abierta, testimonio de Susana Reyes, Buenos Aires, 2003.

³ Ídem.

Los miembros de la “patota” tenían la intención de mostrarse para generar miedo en la ex detenida-desaparecida teatralizando un riguroso seguimiento, pero también en el círculo próximo, su familia. Al actuar sobre ellos, punto de apoyo de la víctima en esos primeros tiempos, el aislamiento sería más certero. Los familiares podrían reproducir el discurso acerca de que la mejor opción era no volver a involucrarse, pudiendo tener influencia en las propias decisiones de la sobreviviente. En el mismo sentido, lo generarían también en Susana por la posibilidad de que les ocurriera algo debido a su propio comportamiento. Entonces, con este accionar los grupos de tarea buscaban una continuidad del terror y a su vez hacían reproducirlo en las propias víctimas en forma indirecta.

Sobre esta cuestión de la reproducción del terror, algunos sobrevivientes que estuvieron organizados en la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos han construido reflexiones al respecto del por qué y para qué de sus sobrevividas:

Si el eje de la política represiva fue el terror a inocularse en toda la sociedad argentina, y si ese terror (secuestro, tortura, desaparición) se practicó en la clandestinidad, ¿quién podría contarlo (e inocularlo) en cada habitante del país? Evidentemente, no los Scilingos, cuyo rol en ese momento era hacer y no contar. El relato del horror, según el plan represivo, debía quedar en boca de un puñado de sobrevivientes, que enteraran a la sociedad de lo que les sucedía a las personas que, de pronto, dejaban de ir al trabajo, al colegio, a su propia casa. Por supuesto, el plan preveía un relato del horror aterrizado y aterrizante Desde su punto de vista, el liberado era un ser destruido por la experiencia soportada, que relataría y sostendría en el tiempo –con sus palabras o con su locura, con su mutismo o su desesperación, con su ruina física o su delirio de perseguido– el horror reservado a los disidentes⁴.

Julieta Lampasona (2013a, pp. 30-31) coincide con esta mirada y propone ver la reproducción del terror como parte intrínseca del carácter bifronte de la tecnología de la desaparición, que esconde y muestra. No obstante, aclara que el poder manifiesta grietas y estas se ven en formas de hacer-con y vivir-pese a la experiencia límite: “Son éstas, creemos, las manifestaciones de esas grietas del poder genocida en las que continuaremos indagando y que

⁴ Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos. *¿Por qué sobrevivimos? Un debate que abre puertas*. <http://www.exdesaparecidos.org/aedd/sobrevivimos.php>. Fue producido en el marco del seminario “Argentina Posdictatorial: ¿Sociedad de sobrevivientes?”, organizado por la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, tuvo lugar en la Cátedra Libre de Derechos Humanos, coordinada por Osvaldo Bayer en la Facultad de Filosofía y Letras a lo largo de dos cuatrimestres (1996-97). Se trataron temas ligados a la Argentina dictatorial y a la post dictatorial, de la última, algunas de las consecuencias de la represión en la sociedad en el corto, mediano y largo plazo.

nos permiten considerar las potencialidades y formas de resistencia —aun en sus dimensiones más “micro” y/o fragmentarias— del sujeto y los colectivos”.

Estas grietas se dan en los niveles de elaboración y en las diferentes formas de luchar que han encontrado los sobrevivientes. Retomando el texto de la AEDD, sus autores señalan que fueron encontrando cómo luchar contra el mandato del aparato represor.

Después de todos estos años de elaboración le pudimos ir viendo las dos puntas. Si nosotros denunciemos todo este horror, de alguna manera parece que estamos cumpliendo el mandato del represor, que es multiplicarlo [...]. La otra punta es: si nosotros callamos, el horror no va a parar nunca, debemos denunciarlo, sacarlo de la clandestinidad. Entonces en esa disyuntiva decidimos denunciar el horror desde una postura militante, o sea decir: el horror es este pero puede enfrentarse, y hay que hacer algo, lo estamos haciendo nosotros que lo sufrimos, al denunciarlo.

En la acción conjunta, en la elaboración, en la militancia por representar aquello, fueron contra ese mandato de reproducción del terror, interpelándose cada uno, como colectivo y a los distintos sectores sociales, contextualizando el relato, mostrando la vida, las identidades, los paradigmas de una generación, sin quedarse en el horror.

En el 78, justo al año de su salida, Susana programó un encuentro con dos amigos y ex compañeros (que también estaban totalmente desenganchados) en un café de la zona de Constitución. Fueron los únicos dos con quienes pudo retomar contacto dentro de ese marco de soledad y aislamiento en el que vivía. Sus vínculos ligados a la militancia estaban prácticamente todos rotos, como pasó a muchos de los sobrevivientes que al salir se encontraron con que la mayoría de sus compañeros fueron desaparecidos o que debieron exiliarse.

La llamaron para festejar su cumpleaños en un bar. Estando allí, junto a la pareja y el hijo que aquellos criaban, detuvo su mirada sobre unas personas que entraron y que se iban acercando a la mesa en forma sospechosa. De pronto, se les abalanzaron e intentaron sujetarlos. Fue tanto el forcejeo que produjo César, su amigo, que los tres miembros de la patota se fueron sobre aquel y Susana pudo huir por una de las salidas del lugar, se tomó el primer colectivo que vio y no paró hasta llegar al final del recorrido⁵. Al reconstruir y reflexionar sobre el episodio, llegó a la conclusión de que deberían haber “pinchado” (intervenido) su teléfono. Lo cierto es que entró en pánico no solo por este hecho, sino porque la patota regresó

⁵ La pareja fue secuestrada un tiempo en la ESMA, los liberaron y a poco de salir se exiliaron. No así el niño, ya que lo dejaron en el bar y gracias al llamado de Susana a la casa de los abuelos, fue a vivir con estos para luego retomar el contacto con sus padres.

nuevamente a visitar a su madre para decirle esta vez que no debía verse más con sus amigos. La vigilancia, además de estar activa para continuar con la producción y reproducción del terror, podía lograr dar con otros compañeros de la víctima.

Hay que agregar que su compañero de vida, Osvaldo Mantello fue también desaparecido, pero no sobrevivió. Esto también es clave. Susana continuó buscándolo por años, teniendo la esperanza de encontrarlo. Entonces, una persona que al salir, luego de haber experimentado la violencia del centro clandestino, que se encuentra sin los antiguos vínculos, retraída a los lazos familiares, despolitizados, criando a un bebé sin su compañero (desaparecido), con sus proyectos de vida desestructurados completamente, el terror ejercido sobre ella y su familia tendrá secuelas manifestadas en una atomización de varios años y en traumas también de largo plazo.

Las apariciones en persona no fueron el único modo de amedrentamiento que utilizaron los grupos de tareas en el afuera. Claudio Dávila también continuó sintiendo la presencia de los represores durante un tiempo, pero en este caso se sumaron los llamados telefónicos. Militante anarquista, con trabajo político en la fábrica Alguer de Mataderos, donde empaquetaba yerba, había sido secuestrado el 6 de junio de 1978 y estuvo 20 días en el centro clandestino conocido como el Banco. Luego de ese tiempo, después de ser transportados en una ambulancia, abandonados con los rostros contra un paredón, como si los fueran a fusilar, lo liberaron junto a un grupo de compañeros. Al salir intentó reconstruir su vida, volvió a estudiar Psicología y cursó algunas materias durante el año 79. Dentro de este contexto, comenzó a observar que en forma continua un Falcon⁶ de color verde hacía de custodia en la puerta de su casa, pero además empezó a recibir llamados telefónicos del mismo Héctor Julio Simón, más conocido como el Turco Julián, persona que tenía mucho poder dentro de aquel campo de concentración. En esas comunicaciones, según lo que dice Claudio, el represor buscaba mostrarle que seguía estando bajo su órbita de poder: “control, era avisar que estaba bajo su control”⁷.

Este grado de exhibición del poder tuvo alguna influencia en la mirada sobre la política de algunos de los sobrevivientes durante los 80. Desde que salió en el 78 hasta el año 81, Claudio Dávila no se volvió a involucrar en ningún partido u organización. Tuvo un acercamiento recién en 1981 al PST (Partido Socialista de los Trabajadores), debido a que

⁶ Falcon era un modelo de automóvil de la empresa Ford que utilizaban las fuerzas de seguridad; quedó asociado con la imagen de la represión, legal y clandestina.

⁷ Memoria Abierta, testimonio de Claudio Dávila, Buenos Aires, 2001.

tenía contacto con gente en la facultad. De todos modos, aclara que lo hizo en forma periférica: “[...] no quería integrar, discutir, acompañaba pero no tenía ganas de pertenecer”⁸. No lo incentivarán tampoco el cambio de gobierno y el comienzo de la democracia, porque según su concepción los militares habían caído solos, por lo que nada impediría que en tres o cuatro años regresaran; entonces decidió no involucrarse en las luchas políticas de esos momentos.

La historia de los cincuenta años previos al retorno a la democracia en el 83, marcaba una gran falta de arraigo de las instituciones democráticas y a su vez un fuerte protagonismo de las Fuerzas Armadas en la lucha política y en la resolución de conflictos. A su vez, si bien hubo un cambio de gobierno con el colapso de la dictadura y el ascenso del radicalismo, no significó una pérdida de poder completa y de capacidad de presión de ciertos sectores del aparato militar, de hecho muchos siguieron activos en las fuerzas. Entonces, en este contexto, no fueron pocos los sobrevivientes que vivieron con pocas expectativas el proceso de cambio, viendo una gran debilidad en las instituciones, lo que los llevó a no exponerse.

Este mismo escepticismo lo mantuvo a Claudio alejado de las instituciones que intentaron profundizar en la búsqueda de verdad y justicia, con lo que no quiso declarar en la CONADEP ni en el Juicio a los comandantes. La percepción de que en breves momentos regresaría un gobierno *de facto* lo llevó a desconfiar de la eficacia de este tipo de instancias y de la misma justicia. De todos modos, aclara que, si bien no participó más en la política organizada, sí continuó haciendo militancia social al trabajar durante 10 años como psicólogo en el Hospital Municipal y luego con un programa de radio, pero con una intención de no exponerse.

Elisa Tokar, sobreviviente de la ESMA, también hace alusión al grado de control, de conocimiento y al miedo que generaban aun estando afuera. En julio del 81, “a los pocos días de nacer Cecilia, a los diez [...], me encuentro con dos secuestradores de la ESMA, Paco y Fragote. Yo iba caminando, ellos tiran el coche y me cortan el paso. ‘Hola, qué tal, ¿así que tuviste una nena?’”. También le preguntaron por la muerte de su padre, por eso asombrada les inquirió cómo tenían esa información. Contestaron que habían ido al negocio de su papá, que ya lo conocían porque en una de las salidas que le otorgaron la habían llevado hasta ahí. Esta situación le mostraba, según ella misma dice, “[...] cómo seguía la mano”⁹. Ya hacía un

⁸ Memoria Abierta, testimonio de Claudio Dávila, Buenos Aires, 2001.

⁹ Entrevista personal con Elisa Tokar, Buenos Aires, 14 de agosto de 2013.

tiempo que no tenía contacto con los marinos, ya que estos no estaban en su lugar de trabajo¹⁰; sin embargo mantenían la vigilancia, lo que profundizó su proceso de retraining a la vida privada, ya agravado por la falta de vínculos con ex compañeros.

El citado acontecimiento, en juego dialéctico con el terror sufrido cuando estuvo ligada al campo, produjo en ella mucho miedo y persecución, a tal punto que en una ocasión, llegando a su casa con su pareja e hija, vio que había policías en la entrada del edificio, lo que significaba dada la situación solo una cosa, estaban ahí para realizar un secuestro. Néstor le pidió que se quedara esperando donde estaba, a unos cuantos metros, que él iría a ver qué sucedía, pero en forma tajante, no lo permitió. Inmediatamente fueron a la casa de su madre para pasar la noche y resguardarse. Al otro día, su compañero fue al edificio y le informaron lo que había ocurrido: se trataba del fallecimiento de un hombre que vivía solo y de cuyo paradero no se sabía hacía días; había muerto de un ataque cardíaco. El miedo a que la secuestraran nuevamente, o a algún familiar, como en la historia de Susana, es una variable muy importante, central, a la hora de pensar estos procesos de rearmado de vidas; está presente en la perspectiva de casi todos los sobrevivientes que se mencionan en este trabajo y fue un condicionante en las elecciones que estos llevaron adelante.

A pesar de que la situación parece ser la misma que la de Reyes, los sobrevivientes de la ESMA tuvieron una sistematicidad distinta en relación a otros centros clandestinos manifestada en lo cuantitativo y en lo cualitativo, algo intrínseco al llamado proceso de *libertad vigilada*, enmarcado en el *plan de recuperación*. Este último, consistía en mantener vivos a algunos detenidos para poder “readaptarlos”, mientras tanto eran utilizados como mano de obra esclava a fin de llevar adelante diversos objetivos. Durante el proceso, algunos de los detenidos-desaparecidos seleccionados para estas tareas pudieron tener acercamiento a sus familias, siempre bajo la vigilancia de los grupos de tareas y además les fueron asignados trabajos fuera del centro clandestino. Con el tiempo, las visitas a familiares cercanos se incrementaron, disminuyendo la presión de los marinos, hasta que ya no debían regresar. Sin embargo, no por ello cesaba el control.

En *Poder y Desaparición...*, Pilar Calveiro hace alusión a cómo muchos de los represores se sentían dadores de vida y de muerte, una condición de divinidad ligada a la pretensión de lo absoluto del poder y que fue reproducido en sus propios discursos cuando se hacían ver como

¹⁰ Elisa comenzó a trabajar para Cancillería estando en ESMA, por órdenes de Eduardo “el Tigre” Acosta. Allí era custodiada por oficiales de la Marina y visitada por miembros de la patota. Durante el '80 dejó de estar en manos de Marina y pasó a Armada esta institución, sumado a que ya no había vigilancia continuó trabajando allí por un tiempo, hasta que renunció en el '81, dedicándose a la crianza de su primera hija.

dioses. “Hay un placer especial del poder concentracionario en ese adueñarse de las vidas. La muerte se administra a voluntad, haciendo exhibición de una arbitrariedad intencional [...]. Es en esta arbitrariedad donde el poder se afirma como absoluto e inapelable. Esta arbitrariedad no es irracional, sino que su racionalidad reside en la validación de la inapelabilidad y arbitrariedad del poder”. En todos los CCD el dar vida está ligado a esa pretensión de absolutidad del poder. Se refleja además de la producción de sobrevivientes en la de bebés. No ya la simple capacidad asesina de decidir quién muere, cuándo muere y cómo muere sino más aún, determinar quién sobrevive e incluso quién nace [...].” (2008 [1998], pp. 54 y 56).

Dentro de este marco, varios sobrevivientes vivieron situaciones de contacto en el exterior con sus represores, produciéndose una continuidad de esa pretensión de lo absoluto del poder como dador de vida. En el caso de los que estaban bajo el régimen de *libertad vigilada* de la ESMA no sólo sufrían apariciones de la patota para intimidar, el control se dio en diversos aspectos que hacían a cuestiones de intimidad. Como se mencionó, iban teniendo contacto con sus familiares al ritmo que imponían los secuestradores, pero luego, ya sin regresar al CCD, algunos hasta debieron pedir permiso para salir del país o hasta para casarse, como el caso de Miriam Lewin junto a su pareja, Carlos García:

Yo me fui ni bien me dieron el pasaporte, en abril de 1981. Juan, mi hijo mayor, ya tenía un año y tres meses. Quise hacerlo cuando quedé embarazada, entonces fui a hablar con ABDALA, le expliqué que iba a tener un hijo, que en Nueva York me esperaba mi tía con casa y trabajo. Entré a la ESMA a pedirle permiso para irme del país. [...] era tan consciente de que estábamos bajo libertad vigilada, que nunca se me hubiera ocurrido hacer algo sin informarle. El día de la fiesta de casamiento, estábamos en plena fiesta en la casa de mis padres cuando pasó algo macabro. Sonó el timbre, me traían un regalo: una lustraspiradora de parte del almirante MASSERA. [...] me llevó el gordo Juan Carlos a la Policía y a los dos días dieron una conferencia de prensa unas compañeras en Europa que habían estado en la ESMA. [...] Por este hecho me retuvieron el pasaporte hasta abril de 1981 (Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar, 2001, pp. 265-266).

Aquí no se trataba solo de ser dueños absolutos de las decisiones sobre la vida y la muerte o de hechos tan elementales como cuándo, qué y cómo alimentarse. Aquel goce se extendía al armado de la sobrevida, donde ellos aparecían como los jueces ante un posible desvío de las pautas morales que intentaron imponer. No solo serían sobrevivientes porque lo permitieron, sino que deberían serlo dentro de los marcos que estaban dispuestos a establecer; para ello era necesario el *control*. No obstante, sin el mismo grado de sistematicidad, ya que se da en

menos casos, en otros CCD, como se viene mostrando, fue también parte de la lógica de producción de sobrevivientes¹¹.

Otros, también fuera del período de dictadura, recibieron llamados telefónicos con el objetivo de seguir infundiendo terror. En estos casos lo que se puede observar es que buscan evitar las posibles declaraciones de los sobrevivientes ante los distintos espacios de denuncia que se fueron dando con el retorno a la democracia. Otro contexto, pero con un objetivo similar, el terror para aislar e inhibir.

Cristina Aldini recibió una llamada anónima a las dos de la mañana el 8 de enero de 1985: “Se avecinaba el juicio a las Juntas, yo estaba trabajando para el SERPAJ (Servicio de Paz y Justicia) y en la facultad con el centro de estudiantes. Me agarró una persecuta, un ataque, que no les puedo explicar. Volví a sentir esa sensación terrible de representar un peligro para todos los que me conocían. Me pareció que era la voz de Mariano. Me decía que era una reventada, que no iban a dejarme vivir más, que iban a matar a toda mi familia... Atando cabos, consideré que era un llamado intimidatorio porque venía el Juicio” (Aldini et al, op. cit., p. 274). Tan intimidatorio fue que canceló un viaje que iba a realizar con una amiga al norte y se fue por un mes a vivir a una localidad de la costa atlántica.

Nuevamente, volvían a activar el terror, la víctima sentía “representar un peligro”; si ella daba su testimonio podía pasarle algo y también a su familia; la amenaza tuvo su efecto.

Sin embargo, no lograron infundir terror en todos los que fueron amenazados en ese proceso. En agosto de 1984, también Mario Villani tuvo un llamado, en este caso de Luis (el subprefecto Jorge Manuel Díaz Smith), que quiso preguntarle “cómo andaba y si necesitaba algo”, que de ser así se comunicara con una dirección de correo del Correo Central que le dio con el remitente de Horacio Lázaro. Eran momentos en los que se estaban acercando las denuncias a la CONADEP (Comisión Nacional por la Desaparición de Personas), de hecho hizo una a este organismo sobre la llamada mencionada.

¹¹ Por ejemplo, en el Vesubio, es paradigmática la historia de Elena Alfaro, quien estuvo bajo el control de los represores desde 1977 hasta su exilio en Francia en el año 82 y que debió soportar todo tipo de vejámenes y humillaciones, como visitas por varios días de parte de los secuestradores en la casa de sus padres o la aparición del segundo del campo de concentración (Luque) en el bautismo de su hijo y la inscripción a su nombre del bebé como ahijado. Tomado del procesamiento a uno de los jefes del centro clandestino el Vesubio conocido como “El Francés”. Ver: Poder Judicial de la Nación. Acta de procesamiento de Gustavo Adolfo Cacivio. Buenos Aires, 17/9/2010. También: *El Diario del Juicio*. Buenos Aires, Editorial Perfil S. A., Año 1, N.º 7, 9 de julio de 1985.

Además de esta comunicación, también recibió amenazas en las horas previas a su declaración en el juicio a las Juntas. Según menciona en su libro “Desaparecido: Memorias de un cautiverio”, entiende que fue la última vez que hubo injerencia de algún grupo de tareas en su vida: “Fue un día antes de que mi padre y yo declaráramos en el juicio a las Juntas en 1985. Mi padre recibió una llamada telefónica amenazando de que si hablábamos nos iban a ‘reventar a todos’”. Cuando le hizo saber al fiscal Strassera lo que había ocurrido le dijo algo que lo ayudó a tratar con más calma la situación: “Yo recibo dos de esas amenazas por día” (Villani, 2001, p. 166)

En el caso de Mario, seguramente fue clave el formar parte de un colectivo de lucha dentro de un organismo de derechos humanos para no paralizarse. En aquel entonces, se encontraba trabajando junto a sobrevivientes del Atlético y a otras víctimas. Este espacio de militancia y pertenencia funcionó como sostén en momentos críticos como los mencionados.

Al trabajar en conjunto pudieron romper con el aislamiento que buscaban las prácticas de terror del aparato represivo. El poder hablar y reconstruir junto a los compañeros no solo era muy importante por la información que lograban, sino que además era reparador, por ejemplo trabajando sobre los sentimientos de culpa o vergüenza y para elaborar otras cuestiones ligadas al trauma, que también funcionaron como atomizadores.

En estos trabajos grupales se vieron re-contruyendo su identidad. Julieta Lampasona hace mención de esta problemática cuando menciona que tanto en la etapa trascendental en la que la militancia política era consuetudinaria como en la de las formas de elaboración posteriores al centro clandestino, en la construcción (siempre abiertas) hace falta otro, en este caso semejante (2013a). El ver confirmado socialmente su relato es clave para la legitimidad propia de su discurso y lo hace junto a otros que alcanzan el nivel de empatía necesaria. El aislamiento ocultaba la posibilidad de poder confrontar las experiencias con otras personas y de verse a sí misma, por lo que en los trabajos con los compañeros irá asimilando y le dará sustento a su propia historia.

Mario, a pesar de haber pasado por cinco CCD y de haber estado alrededor de mil días como cautivo, pudo re-vincularse con compañeros y comenzó a procesar lo ocurrido en conjunto, esta conexión y ruptura del aislamiento permitió un proceso de elaboración y de reconstrucción de la subjetividad con aspectos positivos, lo que afianzó la resistencia contra los mandatos implícitos en las prácticas aterrizantes de los represores, que a pesar de haber perdido el poder que ostentaban mientras ocuparon el Estado no dejaron por eso de intimidar.

Conclusiones

La violencia accionada sobre los secuestrados en los CCD tuvo como uno de sus objetivos primarios destruirlos en lo que los hacía ser. En este sentido, experimentaron sobre ellos una serie de dispositivos para atacar la subjetividad y en ella la identidad política. Luego, el poder concentracionario se encargó de desaparecer a la gran mayoría, pero también de hacer aparecer a unos pocos.

Quienes sobrevivieron llevaron consigo las marcas de esa violencia tan particular y debieron re-vincularse con sectores sociales también atravesados por el terrorismo de Estado. En este *proceso de aparición* las problemáticas que debieron enfrentar fueron muchas. Mientras realizaban esta experiencia en la que a la par reconstruían en forma no lineal la subjetividad, un grupo de sobrevivientes volvió a sentir o continuó sintiendo la presencia de miembros del aparato represivo en sus vidas.

Estos encuentros planteaban una continuidad con los días de cautiverio, con la forma de dominación, siendo el nexo el terror. Todos los objetivos visibles en este accionar de los grupos de tarea, además de la búsqueda de información, estaban destinados a mantener una parálisis en los sobrevivientes, para inhibirlos y mantenerlos aislados. La palabra “control” se repite en prácticamente todos los testimonios.

En general aparece una teatralización de la inteligencia y de la estructura del aparato represor. La declaración de una institución estatal (Ministerio del Interior) desmintiendo la solicitada en la que participó la mamá de Susana, las “visitas” a familiares o los cruces con los propios sobrevivientes y los llamados telefónicos, fueron algunas de las formas de intimidación o amedrentamiento expuestas en los testimonios.

En el caso de la ESMA hay una sistematicidad distinta. A través del *plan de recuperación* y del proceso de *libertad vigilada*, dentro del cual muchos prisioneros fueron sometidos a trabajo esclavo y a un contacto con el afuera controlado. La pretensión de dominar aspectos del rearmado de la vida de los sobrevivientes fue más allá de algunos casos individuales, como se dio en varios otros centros clandestinos, los marinos pusieron a una gran cantidad de secuestrados bajo este régimen.

Además de actuar sobre los ex detenidos-desaparecidos, lo hicieron sobre los sectores sociales más cercanos, la familia. Al hacerlo también con ellos, la amenaza de que le ocurriera algo a un familiar era un miedo adicional. Por otro lado, también se podría impregnar en sus propios discursos y estos tener influencia en la víctima.

En esto estaba implícito la producción y reproducción del terror, algo sobre lo que un grupo de sobrevivientes ha reflexionado al tratar de responder el por qué y para qué los dejaron salir

con vida. Este accionar debería haber funcionado en la vinculación con los sectores sociales con los que se fueron contactando al contar su relato, para atomizar, lo mismo que con los compañeros que quedaron con vida. Sin embargo, encontraron formas de resistir ese mandato. En el caso de Mario junto a los compañeros del Atlético y luego en la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos.

Algunos de estos testimonios, los que no hablan de encuentros fortuitos, sino de llamados y cruces con alguna intencionalidad coactiva, muestran el grado de injerencia y capacidad de presión que todavía tenían en la sociedad los miembros de los ex grupos de tareas aun después de la salida electoral y la apertura democrática, si bien mucho más reducidas, ya que no poseían la hegemonía como antes. En este periodo intentaron amedrentar a algunos de los sobrevivientes ante la posibilidad de que declararan o denunciaran, mostrándose en actividad con amenazas o haciéndose visibles.

En los días de las declaraciones ante la CONADEP y en los de los juicios, fue cuando se incrementaron las amenazas. Algunos sintieron ponerse en riesgo, y a sus allegados, y no declararon; pensaron en la debilidad de las instituciones. La historia del siglo XX que intercaló gobiernos elegidos por el pueblo (algunos muy débiles) con golpes de Estado y dictaduras militares, daba argumento a esa sensación. Sin embargo, otros tantos, con miedo también, no se paralizaron y se acercaron a los distintos recintos a dar su testimonio de lo ocurrido.

En síntesis, las reacciones fueron variadas y dependieron también del contexto en el que se dio el encuentro y del recorrido personal que venían trayendo en el proceso de aparición; quienes más fuertes estaban anímicamente, con mayor contención y vínculos, con los cuales elaborar sus experiencias, resistieron mejor esos embates. La mayoría padeció nuevamente el terror, entre otros sentimientos, y algunos acrecentaron una parálisis que ya llevaban consigo luego de la salida de los campos.

En cuanto al contexto de apariciones de las patotas, el repaso de las historias sugiere que fue más certero su accionar cuanto más cercano a la época de la liberación ocurrió, y sobre todo si las liberaciones habían sido en momentos en los que la dictadura estaba aún fuerte y si el medio en el que estaban transcurriendo el proceso de aparición había sido afectado por el terrorismo de Estado.

BIBLIOGRAFÍA

Actis, Munu; Aldini, Cristina; Gardella, Liliana; Lewin, Miriam; Tokar, Elisa. *Ese infierno: Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Águila, Gabriela. *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*. Buenos Aires, Prometeo, 2008

Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Ed. Colihue, 1.ª ed. 6.ª reimp., 2008 [1998].

_____. “Formas y sentidos de lo represivo”, en CELS. *Hacer Justicia, nuevos debates sobre el juzgamiento de crímenes de lesa humanidad en Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Feierstein, Daniel. *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Izaguirre, Inés. *Los desaparecidos: Recuperación de una Identidad expropiada*. Buenos Aires, CEAL, 1994.

Lampasona, Julieta. *Identidades políticas y procesos de confrontación en la Argentina. Una mirada a contrapelo... O desde la sobrevivida*. Vizcaya, España, Papeles del CEIC, núm. 1, marzo, 2013.

_____. “Desaparición forzada en Argentina: entre la desaparición y la sobrevivida. O sobre la ‘regla’ y la ‘excepción’ en el despliegue de la tecnología de poder genocida”. Buenos Aires, Aletheia, volumen 3, número 6, julio 2013.

Villani, Mario. *Desaparecido: Memorias de un cautiverio*. Buenos Aires, Biblos, 2011.

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS ESCRITOS

Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos. ¿Por qué sobrevivimos? Un debate que abre puertas. <http://www.exdesaparecidos.org/aedd/sobrevivimos.php>

El Diario del Juicio. Buenos Aires, Editorial Perfil S. A., Año 1, N.º 7, 9 de julio de 1985.

Entrevista personal con Elisa Tokar, Buenos Aires, 14 de agosto de 2013.

Entrevista personal con Susana Reyes, Buenos Aires, 19 de septiembre de 2013.

Memoria Abierta, testimonio de Claudio Dávila, Buenos Aires, 2001.

Memoria Abierta, testimonio de Susana Reyes, Buenos Aires, 2003.

Poder Judicial de la Nación. Acta de procesamiento de Gustavo Adolfo Cacivio. Buenos Aires, 17/9/2010.